

## **Hacer historia de Chile y Latinoamérica en Canadá. Un ensayo de egohistoria**

**Making history of Chile and Latin America in Canada. An essay of egohistory**

### **Resumen**

Este ensayo presento algunos trazos de mi trayectoria personal como un historiador que tuvo su formación de base en Chile, pero que hizo lo esencial de su carrera y de su producción en Canadá, influido por otros contextos. La primera parte es dedicada a mi etapa chilena; la segunda, a mis experiencias en la historia oral de la militancia en la izquierda chilena y la historia de la inmigración; la tercera a mi trabajo sobre historia del vino chileno; y la cuarta, a mi experiencia de enseñar y escribir sobre historia de América Latina.

**Palabras clave:** Trayectoria profesional, investigación, historia de Chile y Latinoamérica.

### **Abstract**

This essay presents some traces of my personal trajectory as a historian who has had his basic formation in Chile, but who made the essentials of his career and his production in Canada, influenced by other contexts. The first part is dedicated to my Chilean stage; the second, to my experiences in the oral history of militancy in the Chilean left and the history of immigration; the third to my work on the history of Chilean wine; and the fourth, to my experience of teaching and writing about Latin American history.

**Key Words:** Professional career, Research, History of Chile and Latin America.

Fecha de recepción: 22 de febrero de 2017

Fecha de aceptación: 25 de abril de 2017

## Hacer historia de Chile y Latinoamérica en Canadá. Un ensayo de egohistoria\*

José del Pozo\*\*

Hablar de sí mismo es una experiencia grata pero que puede ser un arma de doble filo. Es un halago ser solicitado para hablar de mi experiencia personal. Al mismo tiempo, no sé si mi experiencia personal merece ser dada a conocer y no es fácil hablar de sí mismo. En todo caso, espero que lo que sigue, pueda ser útil para alguien.

El título de este texto me fue sugerido por un libro aparecido en Francia: *Ensayos de egohistoria*<sup>1</sup>. Desde luego, no pretendo compararme con los autores de fama mundial que allí exponen sus trayectorias (Jacques Le Goff, Pierre Chaunu, entre otros) pero en cierto modo me inspiran para escribir estas líneas.

Lo que puede interesar en lo que sigue es conocer la experiencia de un historiador que tuvo su formación de base en Chile, pero que hizo lo esencial de su carrera y de su producción lejos del país, influido por otros contextos.

### Mi etapa chilena

Mi formación inicial se dio en gran medida por los cursos dados en la Universidad de Chile por profesores como César de León, Hernán Ramírez, Fernando Ortiz y Olga Poblete, a comienzos de los años 1960. Eso me creó un imaginario con ideas sacadas del marxismo, sobre imperialismo, lucha de clases, movimiento obrero. Mis otros profesores, como Rolando Mellafe y Sergio Villalobos, ambos futuros ganadores del Premio Nacional de Historia, no me dejaron huella a nivel metodológico ni temático. Quizás yo no tuve sensibilidad en esos años para escuchar otras visiones de la historia, o quizás ellos no buscaron hacerlo.

Una particularidad de los estudios en esa época era su concepción del tiempo. Todos los cursos se detenían en el siglo XIX. Jamás tuve un curso donde se hablará del Frente Popular en Chile o de la Revolución Mexicana. Nadie nos habló jamás del peronismo. En general, la información sobre Historia de América se detenía con la independencia. Era un vacío que tuve que llenar yo mismo al llegar a Montreal y me vi enfrentado a otra concepción de la cronología.

---

\* Conferencia dictada en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Playa Ancha, Viña del Mar, Chile, el 27 de octubre de 2016.

\*\* Profesor Asociado, Departamento de Historia, L'Université du Québec à Montréal (UQAM). José Del Pozo, se formó en la Universidad de Chile, producto del golpe de Estado de 1973 emigró a Canadá, donde realizó su magister y doctorado. Enseñó durante 40 años en la UQAM. Especialista en Historia reciente de Chile, estudio la militancia de la Unidad Popular, los inmigrantes y exiliados chilenos en Canadá, entre otros temas, utilizando la metodología de la historia oral. Es autor de 10 libros y alrededor de 30 artículos. Para mayor información acerca de Del Pozo véase su sitio web: [www.historiadelpozo.uqam.ca](http://www.historiadelpozo.uqam.ca). E-mail: [del\\_pozo.jose@uqam.ca](mailto:del_pozo.jose@uqam.ca)

<sup>1</sup> Título original: *Essais d'ego-histoire*, réunis et présentés par Pierre Nora, Gallimard, 1987.

Terminé mis estudios a fines de 1965. Tras algunos años de enseñanza a nivel secundario, gané un concurso para ser ayudante de Fernando Ortiz, en 1970, y comencé de a poco a insertarme en el medio universitario, dando a veces clases. Eso me llevó a tener un primer contrato como profesor, en la Universidad del Norte de Antofagasta, en octubre de 1972, y luego en la Universidad de Chile, en julio de 1973.

Esas fechas indican que, al salir de Chile, luego del golpe de Estado, tenía escasísima experiencia en materia de investigación y nula a nivel de publicaciones. Los pocos proyectos en que participé, en Antofagasta y en Santiago, no alcanzaron a concretarse. Lamento profundamente que el proyecto iniciado en el norte, el estudio del archivo de la oficina Chacabuco, hubiera quedado en pañales, ya que alcanzamos solamente a iniciar la clasificación de los papeles, que estaban en un total desorden. Nunca supe si fue retomado después del golpe y la ironía de la historia quiso que ese lugar pasara a ser lo que todos sabemos. Es por ello que mi producción como historiador se hizo enteramente fuera de Chile.

### **Canadá... y Quebec**

Cuando llegué a comienzos de 1974 a Canadá, país elegido por razones pragmáticas, no conocía a nadie y no sabía prácticamente nada sobre lo que podía encontrar a nivel académico. Era un salto al vacío, sin red de seguridad, sin contactos en el país adonde me dirigía. Única ventaja: hablaba francés e inglés y tenía una breve experiencia a nivel de la enseñanza universitaria.

Lugar de llegada: provincia de Quebec, un lugar con ambiente particular. País federal, donde cada provincia tiene su gobierno propio, su bandera, elecciones. Quebec, la única provincia mayoritariamente francófona, expresaba ese particularismo con objetivos ambiciosos, ya que una parte de su población llegaba a postular la posibilidad de ser un país independiente.

En las universidades y en el mundo intelectual, en libros, revistas y diarios, sobre todo uno de ellos<sup>2</sup>, me familiaricé con temas y conceptos nuevos para mí: nacionalismo, grupos étnicos, feminismo. En las universidades se dan cursos sobre historia de Quebec-Canadá, dualidad extraña para un recién llegado. Tratando de informarme, leí algunos libros sobre el tema, ambos favorables a la independencia de Quebec, aunque en muy distinto tono: el primero, de la pluma de un militante de la independencia, lleno de pasión (Vallières, 1974); el segundo, un análisis académico, mucho más “distanciado” pero con un objetivo similar (Robert, 1975).

La ciudad donde llegué al inicio era Québec, poblada en su enorme mayoría por blancos francófonos. Pero al año siguiente nos trasladamos a nuestro lugar de residencia definitivo, Montreal, poblada por docenas de etnias distintas, a veces con centros

---

<sup>2</sup> No puedo dejar de mencionar la influencia de *Le Devoir*, un diario independiente, fundado en 1910, que da enorme espacio a los temas culturales, y que también se abrió mucho a la información sobre Chile, especialmente en los años de la dictadura.

comunitarios, publicaciones, realizando fiestas y otras actividades. Con gran presencia judía, templos, bibliotecas y un hospital. Escasa presencia latinoamericana, salvo uno que otro restaurante y dos librerías, ambas pertenecientes a españoles, que difunden libros y diarios de Latinoamérica. 1975, año internacional de la mujer. Muchas actividades feministas, en universidades y otros lugares. El tema de la mujer comienza a ocupar espacios en los cursos universitarios.

Logré recomenzar mi carrera universitaria en la UQAM (Université du Québec à Montréal), una institución que me era enteramente desconocida antes de llegar. Era de fundación reciente (1969), con muchos profesores jóvenes, y su clientela estaba compuesta casi únicamente por estudiantes francófonos, blancos, a los que se agregaba un cierto número de haitianos y africanos. Con los años, este universo se hizo más diversificado, aunque siempre ha predominado el estudiantado francófono. La UQAM era vista como una institución de menos categoría que la otra universidad francófona, la Université de Montréal, mucho más antigua, y estaba muy lejos de compararse con McGill University, la gran universidad anglófona, la más antigua de Canadá, que figura entre las cien universidades más importantes del mundo. Las universidades anglófonas atraían una clientela más diversificada étnicamente: muchos italianos, judíos y asiáticos.

En el Departamento de Historia en la UQAM me contrataron como *chargé de cours*, es decir, alguien que era pagado por dar un curso en una determinada sesión, sin pago de vacaciones ni otros beneficios reservados a los profesores de planta. Pero para mí era una excelente ocasión, y no podía aspirar a nada más, ya que mi nivel de diplomación era muy bajo: no tenía ni magister ni doctorado, programas que no existían en Chile cuando partí. Tal vez me aceptaron porque en esta universidad recientemente creada, varios de sus profesores tampoco tenían doctorado. Pasé varios años en esa situación, mientras me ponía al día: hice primero el magister, en la UQAM, y luego el doctorado, en la Université de Montréal. Sólo entonces pude ser contratado como profesor permanente, tras ganar un concurso.

### **Mis experiencias en la historia oral: la militancia en la izquierda chilena y la historia de la inmigración**

En varias ocasiones me he preguntado qué habría hecho si me hubiera quedado en Chile y hubiera podido proseguir mi carrera universitaria. ¿Habría estudiado los mismos temas, empleado los mismos enfoques? Es muy posible que no. Un historiador, como un escritor o un artista, no puede hacer abstracción de la realidad que lo rodea, por mucho que su pensamiento esté puesto en un objeto de estudio que está a miles de kilómetros de distancia y al cual, durante los primeros nueve años, no volví. Inevitablemente, tenía que mirar Chile y Latinoamérica “desde afuera” y recibiendo la influencia del nuevo contexto en que vivía.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Ejemplo de esto son los estudios sobre historia de Estados Unidos en Europa, que no siempre coinciden con los que se hacen dentro de Estados Unidos. Los europeos se interesan en temas como la historia transnacional y los estudios comparativos. Ver el artículo Grant, Heale, Parafianowicz y Vaudagna (2014).

Tal vez la primera influencia que recibí en Montreal fue el de aceptar que se podía hacer una historia “hasta hoy”. Claude Morin, profesor de historia latinoamericana en la Université de Montréal, que fue mi director de tesis, hacía ese enfoque en sus cursos, y fue una de las personas que me influyó por su dedicación a escudriñar, en los sucesos actuales, la relación con el pasado. Mi experiencia chilena era todo lo contrario, como lo dije anteriormente: jamás había tenido un curso que cubriera la época actual, y los historiadores de mi generación de estudiante parecían pensar que todo lo que fuese actual era el campo de los politólogos o de los periodistas. En Montreal era todo lo contrario, posiblemente por el contacto con la historiografía francesa, que después de la segunda guerra mundial había comenzado a dar una gran importancia a los estudios históricos sobre “el tiempo presente”<sup>4</sup>. Y uno de los elementos claves de esta nueva concepción de la historia era el uso de los testimonios orales, que fueron para mí la base de dos de mis principales estudios.

El otro factor que me llevó a hacer este tipo de historia, fue porque sentí llegado el momento de plasmar las preguntas que me hacía a causa del contexto social donde me desenvolvía, el mundo de los refugiados e inmigrantes salidos de Chile a raíz del golpe. Aunque nunca he militado en un partido político, desde que llegué había participado, de manera informal, en reuniones, fiestas y manifestaciones organizadas por chilenos que denunciaban la dictadura y reunían fondos para ayudar a los grupos “de resistencia” en Chile. Tuve muchas conversaciones improvisadas con toda clase de gente, y a lo largo de los años, empecé a hacerme una pregunta que dio lugar a mi primer libro: ¿por qué hay personas que entran a militar en un partido político? ¿Qué lleva a las personas anónimas a adherir a una causa? Esto último era un elemento importante de mi proyecto, ya que era claro que iba a estudiar una masa de personas donde no figuraban dirigentes conocidos de la izquierda, que habían preferido irse a México o a Europa antes que a Canadá. Desarrollé entonces mi primer proyecto de historia oral, entre fines de los años 1980 y comienzos de 1990<sup>5</sup>.

La preparación y la puesta en práctica de este proyecto se basaron en lecturas donde se hizo presente la interdisciplinaridad, otra experiencia nueva para mí. En Chile, en nuestros cursos de historia, leíamos libros... de historia. No tenía referencias de autores chilenos, ya que en ese momento la historia oral no era una práctica corriente<sup>6</sup>. En cambio, desde mi llegada a Montreal, ya sea durante mis estudios o en los congresos a los que empecé a participar, me familiaricé con el aporte de la sociología y de la ciencia política, que para este proyecto serían claves. Leyendo artículos de esta última disciplina encontré el concepto de *socialización política*, clave para mi proyecto. La lectura de estudios europeos, especialmente de autores franceses y británicos me ayudó a focalizar mi investigación.<sup>7</sup> Un sociólogo francés, Daniel Bertaux, me permitió resolver una duda angustiante: ¿cuántas entrevistas hacer, hasta dónde continuar la investigación? El concepto de saturación (Bertaux, 1980) fue determinante para aclarar este aspecto fundamental.

---

<sup>4</sup> Ver al respecto el artículo de Mathieu (2013).

<sup>5</sup> Los resultados aparecieron en mi primer libro Del Pozo (1982).

<sup>6</sup> Una excepción era el estudio de Winn (1986). Era sintomático que este libro hubiese sido escrito por un especialista que no es chileno.

<sup>7</sup> Entre ellos Fraser (1979) y Thompson (1978).

Hacer esta investigación fue una experiencia totalmente nueva para mí. Aprendí con la práctica, identificando las maneras de sacar el máximo de partido al testimonio oral. Me fui dando cuenta de que este tipo de investigación reposa sobre un “material creado”, ya que la fuente, en este caso la persona entrevistada, entrega información en la medida en que el investigador logra establecer una comunicación con ella. Como lo ha destacado un historiador francés, los especialistas que han empleado ciertos documentos de otras épocas, como fuentes los registros de la Inquisición o de la policía, también trabajan con testimonios orales, que han sido transcritos. La gran diferencia con el testimonio oral recogido en el tiempo presente es que se produce una interacción entre el testigo y el historiador (Mathieu, 2013: 15). Eso fue favorecido por el hecho que, aunque muchos no me conocían o sólo de vista, yo era “uno de ellos”, que había compartido la experiencia política de esos años y había salido de Chile en el mismo contexto. La comunicación fue excelente, y hubo poquísimos casos de rechazo.

Un aspecto importante de la metodología fue el de recoger testimonios diversificados. Apliqué este mismo principio años más tarde, en mi estudio sobre la inmigración chilena en Quebec: no estudiar solamente los casos de la gente que conocía personalmente, ya que al hacer eso me limitaba al sector de personas que se parecían a mí, casi todos profesionales de clase media. Busqué y encontré obreros, trabajadores independientes, mujeres que habían sido dueñas de casa. Para ello hice contactos en diversos medios del universo chileno en Montreal, incluyendo clubes de fútbol y grupos de mujeres. Este mismo principio de diversidad lo apliqué al tipo de militancia política, buscando entrevistar a gente de distintos partidos políticos e incluso a personas independientes de izquierda, que era también mi caso. Intenté lograr un cierto equilibrio entre hombres y mujeres, aunque claro está que los hombres fueron la mayoría de los testigos, reflejando la realidad que se da tanto en Chile como en el resto de muchos países, donde la mujer está menos presente en la militancia. En fin, en mi estudio sobre la historia de la inmigración, traté –y lo conseguí hasta cierto punto- de respetar el equilibrio intergeneracional. Si bien la mayoría de los entrevistados eran personas de mi generación, también di la palabra a la generación anterior y a los jóvenes. Esto último fue importante, ya que su visión de las cosas difería de las dos generaciones anteriores.

Mi primera investigación me permitió no solamente analizar los diversos mecanismos que llevaban a la militancia, que era mi punto de partida, sino además comprender una serie de aspectos de la vida política chilena, que implican la organización, las relaciones entre militantes y los partidos, la manera cómo las personas viven su adhesión a una causa. Comprendí mejor por ejemplo la relación entre sindicatos y partidos, a través del testimonio de un dirigente sindical que solicitaba el apoyo de un determinado partido para defender sus reivindicaciones, y que terminó ingresando a ese partido porque se dio cuenta que la relación implicaba una exigencia que ya no podía esquivar. Conocí aspectos para mí casi ignorados de la época de la UP, como el caso de una industria que había sido tomada por sus trabajadores, pero que no había pasado bajo el control del gobierno, sino que era dirigida por sus mismos obreros y empleados, en una de las pocas experiencias de cooperativas, opción que era denigrada por los partidos de la izquierda. Me di cuenta de los problemas que debía afrontar una mujer dirigente política, que debía cuidar su imagen en mayor medida que los varones, para imponer respeto y no ser considerada una mujer “fácil”. En fin, los testimonios me

entregaron no solamente informaciones concretas sobre el tema de la militancia y los años de Allende, sino también los sentimientos, las pasiones, lo subjetivo. No olvidaré la frase una mujer, cuya implicación en los años de la UP la llevó a sentir el deseo de “conocer a todos los habitantes de su barrio, para saber qué hacía cada uno de ellos, hablales, ir a visitarlos” (Del Pozo, 1992: 212). Era el sentimiento de estar participando en un hecho histórico, donde sus participantes buscaban refundar la sociedad. Es, sin duda, otra de las ventajas de la historia oral, la de permitir identificar zonas de conocimiento que van más allá de los análisis generales, de las instituciones o de los partidos políticos.

El libro fue bien recibido por la crítica, lo cual, visto desde hoy, fue un logro bastante grande, ya que yo no había medido bien las dificultades metodológicas que presentaba mi estudio. Hubo sin embargo críticas, que tenían cierto fundamento. Se me hizo notar que, de mis 120 informadores, 100 vivían en la provincia de Quebec, es decir fuera de Chile, lo que planteaba el problema de la “representatividad” de mi universo. Se dijo también que, si bien haber hecho 120 entrevistas era digno de ser destacado, al mismo tiempo la cifra no era suficiente como para sacar conclusiones estadísticas. Esto hizo concluir a un comentarista que mi libro, calificado de “ambicioso” y “lleno de ideas” arrojaba conclusiones más “sugestivas” que “conclusivas” (Winn, 1994). Otro comentarista dijo que yo no era suficientemente crítico hacia los testimonios citados (Jaksic, 1996). Pero mis críticos reconocieron mis esfuerzos por limitar esos problemas, con mi tratamiento selectivo de los testimonios, dejando de lado aquellos que parecían tener una carga ideológica excesiva, lo que se daba cuando los testigos buscaban “justificar” lo hecho durante la UP (Salman, 1994). También se me elogió por haber hecho un estudio “distancié”, es decir, que no caía en un militatismo ideológico en el análisis de los testimonios (Zylberberg, 1994)<sup>8</sup>. En fin, todos coincidieron en que el libro era un aporte importante para el conocimiento de la izquierda, a través de un ángulo nuevo, el de las experiencias de sus militantes anónimos. Se me alabó también por ser el primer estudio basado en historia oral, después del de Peter Winn (Jaksic, 1996).

En mi estudio acerca de los chilenos llegados a Quebec<sup>9</sup>, hecho quince años más tarde, me apoyé desde luego en los abundantes estudios acerca de la inmigración en Canadá y en Quebec<sup>10</sup>. A esas alturas, cuando comencé la investigación, en 2004, existían además varios estudios hechos por quebequenses y por los mismos chilenos en universidades de Montreal, bajo la forma de memorias de magister, que me ayudaron a profundizar determinados aspectos. Existían también algunos estudios de caso sobre la inmigración chilena en otros países, especialmente en Europa (Bolzman, 1996; Kay, 1987).

Al definir el enfoque de mi estudio, me vi enfrentado a un problema de conceptualización. Aunque la mayoría de los chilenos llegados a Canadá después del golpe lo hicieron impulsados por los efectos de la dictadura, no todos eran refugiados. Esto era así por

---

<sup>8</sup> Este autor, hoy fallecido, era un politólogo belga, que había enseñado en la Universidad de Concepción durante la Unidad popular, y había sido arrestado por los militares, pasando un tiempo en la isla Quiriquina, para después partir al exilio, a la Universidad Laval de Québec. Fue presidente de la Asociación canadiense de estudios latinoamericanos en los años 1990.

<sup>9</sup> El título exacto fue *Les Chiliens au Québec. Immigrants et réfugiés, de 1955 à nos jours*.

<sup>10</sup> Entre ellos el de Kelley y Trebilcock (1998).

dos razones: una, porque hasta antes de 1978 Canadá no incluía la definición de refugio en su política migratoria: todos los que eran aceptados hasta esa fecha eran inmigrantes, aunque salieran de sus países por razones políticas. Esto parece un argumento formal, pero tiene su importancia, ya que Canadá no abrió su embajada a los que buscaban refugio, y sólo un número muy reducido de personas lograron hacerlo, gracias a la complicidad de uno de los miembros del personal, que contradijo las órdenes del embajador.

La otra razón es que, en la práctica, siempre hubo chilenos que emigraron por razones clásicas, en busca de una vida mejor, o por razones personales, antes, durante y después de la dictadura. Es un error creer que todos los chilenos llegados después de septiembre de 1973 eran izquierdistas refugiados. Los llegados a mediados de los años 1980 constituyeron un problema conceptual particular, ya que partieron de Chile durante la dictadura, pero empujados sobre todo por el impacto de la crisis económica iniciada en 1982. Por ello, en el libro los calificué de “refugiados económicos”. En ese sentido, durante una conferencia en Montreal, a comienzos de 2016, tuve un desacuerdo con Carmen Quintana, la joven quemada por los militares en 1986, que hoy vive en Montreal y es muy conocida en el público quebequense. Ella no aceptó mi análisis, diciendo que, para ella, todos los que partían eran víctimas del régimen. El acto se desarrollaba ante un numeroso público, en un ambiente emotivo, y preferí no contradecirla. Pero los testimonios que yo había recogido no indicaban lo que ella decía, ya que para mí era claro que no se podía comparar los casos de las personas que sufrieron distintos tipos de persecuciones en los años 1970 con aquellos que habían seguido viviendo en Chile, muchas veces sin participar en ninguna actividad política, y que ahora salían del país únicamente por la crisis.

Así, mi libro respondió a mi visión de analizar la historia de los chilenos en una perspectiva amplia, incluyendo a los llegados en todas las épocas, incluso antes del golpe y los llegados después de la dictadura. Innové con respecto a la historiografía de otros países, donde siempre se estudiaba a los que salían como exiliados, dejando de lado todas las demás situaciones (Dutrénit, 2006; Rollemberg, 1999). Quise con ello desmitificar la imagen clásica del chileno como refugiado que, si bien se basaba en una realidad, no cubría todos los casos ni todas las épocas. Este aspecto fue muy valorado por la crítica, hubo quienes destacaron la importancia de no ver en los chilenos un bloque monolítico (Atik, 2011). Podría agregarse que aquellos políticos de la derecha que, durante años, se negaban a aprobar la ley que daba el voto a los chilenos del exterior, so pretexto que ese universo estaba compuesto única o principalmente por izquierdistas salidos como refugiados, encontrarían en mi libro un análisis que los dejaría más tranquilos. Otro aspecto valorado de mi estudio fue el de poner constantemente en relación la situación del “inmigrante” con la del “emigrado”, es decir, recordando cómo y porqué la persona había salido de Chile antes de llegar a Quebec (Jedlicki, 2009).

La primera parte de mi libro era netamente histórica: en ella identificaba las etapas y los contextos en los que los chilenos habían partido hacia Canadá, desde 1955, fecha de llegada del más antiguo de mis testigos, hasta los años 2000. Siguiendo los conceptos muy usados de “pull and push”, distinguí los factores que atraían a partir y los que empujaban a la salida. Ambos variaban de acuerdo a la evolución histórica, lo que me llevaba a estudiar los



cambios en la política migratoria de Canadá y evidentemente los cambios políticos y económicos que se operaban en Chile.

En la segunda parte, me improvisé como sociólogo, para estudiar lo que era vivir en Québec. En ello, me apoyé en estudios de sociólogos quebequenses, que habían analizado el tema clave de la integración<sup>11</sup>. Utilicé este concepto lanzando una hipótesis acerca del caso chileno: la integración era un proceso múltiple, donde se debía distinguir el plano económico, donde la integración no había sido exitosa, ya que todas las estadísticas demostraban que el ingreso por persona de los chilenos (y de todos los inmigrantes latinoamericanos) era inferior, en todas las épocas, al promedio de la población. En cambio, en el plano social y cultural el proceso había sido positivo, ya que los chilenos se habían establecido en todos los distintos barrios de Montreal, sin crear ghettos, y había numerosas parejas mixtas, donde los chilenos convivían con parejas de distintos orígenes, especialmente los de la segunda generación. En fin, había también una integración cívica exitosa, ya que, a partir de fines de la dictadura, los chilenos habían demostrado un interés creciente por participar en la vida política local, presentándose como candidatos a diversos cargos, ya fuese de diputado o de consejero municipal<sup>12</sup>. En esta sección recibí críticas, que eran inevitables, ya que casi todos los autores de las reseñas eran sociólogos, muy preocupados por cuestiones de método. Así, uno de ellos cuestionó el hecho que yo sacara ciertas conclusiones acerca de la integración cívica, especialmente en las preferencias expresadas por una parte de los chilenos hacia la opción de la independencia de Quebec, diciendo que mi muestreo no me autorizaba a hacer esas afirmaciones (Armony, 2010)<sup>13</sup>. Esto era de esperarse, ya que el debate entre “federalistas” y “separatistas” o “soberanistas” está siempre presente en el mundo intelectual de Quebec.

Como suele ocurrir, a medida que hacía las entrevistas se me ocurrieron temas que no había previsto en el plan inicial. Al hablar de la integración, me di cuenta de que los artistas constituían un caso aparte, ya que aquí se hacía presente, en una medida mucho mayor que en otros casos, el problema del manejo de la lengua. Esto se daba sobre todo entre los actores, que intentaban obtener papeles en teatro o en cine. Aquí identifiqué una situación particular, las diferencias generacionales: los llegados en edad adulta estaban condenados a jugar el papel del inmigrante, ya que les era imposible hablar francés sin un cierto acento. Los más jóvenes, formados en Quebec, no enfrentaban ese problema, y tuvieron más margen de maniobra. Pero de alguna manera, también estaban limitados, ya fuera por su nombre o por su aspecto físico, con lo cual en muchas ocasiones quedaban confinados al papel del inmigrante, como los mayores.

Pese a ciertas críticas, de las cuales he citado algunas, el libro fue bastante bien acogido, aunque es una lástima que sólo haya sido comentado en Quebec y en Francia. Di un par de ejemplares a historiadores chilenos, pero no hubo interés por reseñarlo. Este estudio me

---

<sup>11</sup> Particularmente los de Jean Renaud, de la Université de Montréal, y de Micheline Labelle, de la UQAM, especialistas de estos temas.

<sup>12</sup> Uno de ellos, Osvaldo Núñez, constituyó un hecho histórico: por primera vez un inmigrante de origen latinoamericano era elegido al parlamento federal, en 1993.

<sup>13</sup> El comentario de Jedlicki (2009) apunta en la misma dirección, aunque aplicado a otros temas.

dio patente de experto en inmigración, y fui a menudo consultado por periodistas y estudiantes, y también invitado a intervenir en seminarios sobre esa temática.

Esta larga investigación, iniciada en 2004 y que concluyó con la publicación del libro en 2009, me proporcionó materiales para capítulos de libro y artículos de revista, publicados en Chile, Francia y Canadá. En Chile, en 2006, publiqué un libro colectivo, organizado por mí, con aportes de diversos autores que analizaban distintos aspectos de la presencia de chilenos en Francia, Suecia, Suiza, Brasil, México y Estados Unidos (Del Pozo, 2006). También tuve material para hacer un capítulo acerca de la vida fuera de Chile en el tercer volumen del libro dirigido por Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri, *Historia de la vida privada en Chile* (Del Pozo, 2007). Esta ubicación fue para mí bastante importante, porque no estaba prevista en el proyecto inicial, y tuve la suerte de interesar a Sagredo en incluirla. En fin, en 2013 fui invitado a participar en una serie de conferencias en la principal biblioteca de Montreal, ante un numeroso público, para hablar de la inmigración de latinoamericanos en Quebec. Mi conferencia fue filmada y ha sido difundida varias veces en un canal de televisión. El texto fue publicado en un libro que reunía las diversas conferencias (Del Pozo, 2014).

### **La historia del vino: un estudio más “clásico”**

Entre esas dos investigaciones, que tomaron bastante tiempo, volví a ser un historiador más “clásico”, enfocándome en un estudio de larga duración, que cubría toda la historia chilena desde la llegada de los españoles, y empleando sobre todo fuentes escritas, aunque sin dejar de utilizar los testimonios orales.

El origen del libro está, como los anteriores, relacionado con mi presencia en Canadá. Me llamó la atención que a partir de los años 1990 el vino chileno, que era difícil de encontrar en las décadas anteriores, estaba cada vez más presente en los locales comerciales y en restaurantes, que hasta entonces estaban dominados por los vinos franceses, italianos y portugueses. Incluso se le hacía campaña publicitaria en las tiendas de vinos.

Me hice entonces la pregunta: ¿por qué el vino chileno llega ahora en cantidades cada vez más grandes, y por qué no antes? Ese fue el origen de la investigación. Un rápido vistazo a la bibliografía sobre el tema me convenció además de que, tal como en mis estudios anteriores, me encontraba en un terreno casi virgen. Las diversas referencias existentes eran de enólogos, geógrafos o de ingenieros agrónomos. Ningún historiador chileno parecía haberse interesado en el tema<sup>14</sup>. Se me presentaba una oportunidad de hacer un estudio pionero, al que dediqué varios años, con tres viajes a Chile, entre 1993 y 1996, uno de ellos aprovechando un año sabático.

No quiero decir que la historiografía chilena –y sobre Chile- no me haya sido de ninguna utilidad. Para el marco general de análisis y de información, los estudios de Arnold Bauer, Ricardo Nazer, Maurice Zeitlin y Richard Earl Ratcliff, Gabriel Salazar y José

---

<sup>14</sup> En el curso de mi investigación, en Chile, encontré la memoria de magister de Félix Briones, *La industria vitivinícola en Chile en el siglo XIX*, hecha en la Universidad de Santiago, en 1995, que constituía una excepción.

Bengoa<sup>15</sup>, me permitieron definir los enfoques sobre la naturaleza de la clase propietaria de las grandes viñas de la región central, que han sido actores fundamentales en la evolución del vino chileno desde mediados del siglo XIX. Me familiaricé también con las principales referencias sobre historia del vino en otros países, especialmente en Francia<sup>16</sup>.

Vale la pena dar algunos detalles sobre la investigación y los problemas que encontré a nivel de la información, y cómo, en parte, los superé. Cuando inicié el estudio, esperaba encontrar archivos en las principales viñas, que serían mi principal fuente. Al poco tiempo de estar en el terreno, en Chile, tuve que constatar que los empresarios que yo iba conociendo no habían mostrado ningún interés por la historia: ausencia de archivos sobre épocas anteriores, salvo uno que otro libro de cuentas salvado por iniciativa personal de algún empleado, que no me servían de mucho.

Los contactos personales me permitieron reemplazar, en parte al menos, ese vacío. Conocí a un descendiente de la familia García Huidobro, que habían sido durante más de medio siglo dueños de la Viña Santa Rita. Él había guardado una colección de documentos antiguos, sobre toda clase de aspectos: factura de compra de maquinaria en Francia a fines del siglo XIX, cuadernos con la descripción de las tareas agrícolas de los años 1930, fotos antiguas. Se trataba de un tesoro de información, al que pude tener acceso con entera libertad. Gracias a un periodista pude leer enteramente las actas del directorio de Concha y Toro, la primera viña que se constituyó en sociedad anónima, a mediados de los años 1920. Pude leer también algunos textos autobiográficos no publicados, escritos por parientes de los empresarios, que me permitieron estudiar las mentalidades de esa clase dirigente.

Aunque mi interés primordial era comprender el súbito auge de las exportaciones, mi enfoque sobre el vino fue global, abarcando tanto los aspectos económicos (mercados, precios, empresas) como sociales (tipos de mano de obra, relaciones de producción), tecnológicos (aquí mis conversaciones con enólogos fueron muy importantes) y políticos (la legislación sobre el vino). Un tema en el cual no había pensado al inicio pero que se impuso rápidamente fue el del alcoholismo.

Una de los aspectos centrales del libro fue el estudiar de la naturaleza de la clase empresarial viñatera. Apoyándome en la bibliografía preexistente y en mi propio estudio, llegué a la conclusión de que estábamos en presencia de un sector particular, cuyo comportamiento fue por largo tiempo precapitalista, ya que las viñas fueron organizadas como empresas familiares y sólo tardíamente se abrieron a recibir capitales exteriores. Incluso Concha y Toro, la primera SA, lo fue en muy pequeña medida, ya que los socios eran escasos y casi todos emparentados entre sí. La mantención del sistema de inquilinaje hasta más allá del golpe de 1973 es otro elemento de esta situación. Todo ello era bastante contradictorio, ya que muchos de los viñateros habían hecho fortuna en actividades no agrícolas, ya fuese en las minas o en otro tipo de negocios, donde las relaciones de producción eran distintas. Otra conclusión fue la de identificar esa clase como un oligopolio, tendencia que se ha reforzado en

---

<sup>15</sup> De este último, destaco su *Historia social de la agricultura chilena*, 2 tomos, Ediciones Sur, 1988 y 1990.

<sup>16</sup> De esta bibliografía, una referencia indispensable es el libro de Johnson (1990).

los últimos años, ya que un puñado de no más de diez viñas concentran el 80% de la producción y de la exportación.

El libro fue muy bien acogido, siendo objeto de artículos de prensa desde su aparición<sup>17</sup> y de diversas reseñas en revistas de Estados Unidos y Europa. Se alabó el hecho de que mi estudio se basara en fuentes tanto en inglés como en francés y en español, y que analizara al vino chileno en un contexto mundial, haciendo referencias a los contactos con la influencia francesa, y con eventos internacionales como la epidemia de filoxera, a fines del siglo XIX (Bauer, 1999). Otro crítico se interesó al descubrir que mi estudio demostraba que Chile no había sido siempre el “país del vino”, ya que durante toda la época colonial y casi todo el siglo XIX era la chicha la principal bebida alcohólica consumida en el país, y destacó también las páginas que yo dedicaba a la pequeña producción y a las cooperativas, que hacia 1973 habían crecido y representaban el 20% del total de la producción de vino, cifra jamás alcanzada después del golpe (Kay, 2000). Se me alabó también por el amplio uso de estadísticas. El único comentario que a mi parecer revelaba una lectura equivocada fue el que me acusaba de no haber sido “más crítico” con el papel jugado por la oligarquía chilena y por el Estado en el desarrollo de la viticultura (Díaz Bellido, 1988). En mi concepto, era una interpretación errónea, ya que yo explicaba cómo un puñado de productores había ido controlando la producción y el mercado, sobre todo después del golpe de estado, en el marco del neoliberalismo. Puede que este análisis no haya aparecido con suficiente fuerza en la primera edición del libro, aparecida en 1998, pero sí aparece claramente en la segunda, publicada en 2014.

### **Enseñar y escribir una historia de América Latina**

Cuando empecé a enseñar en la UQAM, había apenas un solo curso sobre América latina, de tipo general, que cubría desde la independencia hasta hoy. El programa de historia del departamento estaba dominado por cursos sobre Canadá-Québec (en realidad, casi todo sobre Québec y muy poco sobre Canadá), Estados Unidos y Europa, especialmente sobre Francia. No había ningún curso sobre Asia ni África. Era, en suma, un departamento muy “occidental”, y pasaron largos años antes que esa situación cambiara. Poco a poco se fueron agregando otros cursos sobre América latina, uno sobre la época colonial, otro sobre las revoluciones y un cuarto sobre las relaciones internacionales. También se aceptó que hubiera un seminario sobre América latina en los cursos de postgrado, y entonces tuve algunos alumnos que hicieron memorias de magister. Se contrató a un profesor especialista del Medio oriente y más tarde otro sobre China. Así, el medio en que me encontraba se diversificó, pero con limitaciones: un solo especialista sobre las regiones “exóticas”. Como dato complementario, debo agregar que ese panorama se reproduce en casi todas las universidades

---

<sup>17</sup> Un primer comentario por el historiador de la PUC, Juan Ricardo Couyoumdjian, “Un estudio con cuerpo” 1998: *El Mercurio* (Santiago), 25-07-98, Revista de Libros, p.5, seguido por el conocido enólogo Rodrigo Alvarado “Del aguardiente a las grandes cepas”, *El Mercurio* (Santiago), 23-08-98, sección Artes y Letras, p.E-12 y E-13. Fui también entrevistado en televisión, en el programa “La belleza de pensar”, por el periodista Cristián Warnke.

de Quebec: en cada departamento de historia hay un solo especialista de América latina, generalmente especializado en México.

Por las necesidades de la enseñanza, me transformé en un “generalista” que debía dar cursos sobre todas las épocas y todos los temas. Era el único profesor en ese campo, con las ventajas y desventajas que eso procura: por un lado, libertad total de acción, por el otro, soledad intelectual, ya que no tenía a nadie cercano con quien compartir sobre mi campo de interés. En eso, confieso, hubo cierta falta de iniciativa de mi parte: con la perspectiva de hoy, pienso que debí haber buscado crear cursos de tipo comparativo, o de “historias conectadas”. Pero esos conceptos emergieron cuando estaba más bien al final de mi carrera, y más interesado en publicar que en pensar en nuevos cursos. En cambio, tuve contactos interesantes en los congresos sobre estudios latinoamericanos, que se reunía a especialistas de distintas disciplinas. Sin embargo, en Canadá, esos congresos estaban dominados por los participantes de ciencias políticas, y por razones que ignoro, los historiadores –que los hay, en varias ciudades, como Toronto, Vancouver y Calgary, la mayoría especializados en México– rara vez se hacían presentes. Esas reuniones me ayudaron a profundizar mi comprensión sobre temas de actualidad, ya fuese la “transición a la democracia”, el rol de las ONG financiadas desde el extranjero en América Latina o los debates sobre el libre cambio luego del “Consenso de Washington”.

Después de haber estado enseñando durante un cuarto de siglo la historia latinoamericana, sentí el momento de plasmar mis enfoques y toda la información reunida en la preparación de las clases en un libro cuya vocación sería la de una visión general, una suerte de manual para la comprensión del conjunto de la región. Como en otras ocasiones, me di cuenta de que, en Chile, mis colegas historiadores no publicaban ese tipo de estudios, por lo que pensé que mi libro podría ser un aporte, y creo que efectivamente lo ha sido.

Al iniciar el proyecto, como en otras ocasiones, tuve una duda respecto al idioma en que iba a escribir. Espontáneamente, prefiero hacerlo en español, ya que pese a mis largos años de vida y de trabajo en francés, siempre me es más fácil hacerlo en mi idioma materno. No estaba seguro tampoco de que ese tipo de estudio sería de interés para los editores quebequenses, en lo que me equivocaba, como lo comprobaría más tarde.

El libro fue escrito en español y publicado por Lom, en 2002 (Del Pozo, 2002). Tuvo muy buena acogida y se hizo una segunda edición ampliada, siete años más tarde. Entretanto, una editorial de Quebec se interesó e hizo una versión en francés, aparecida en 2004 y reeditada en 2008, también en el formato actualizado. Posteriormente el libro fue traducido al portugués en Brasil y se publicó también en Francia, en una edición de bolsillo.

En el plan del libro, aunque esencialmente destinado a dar una información general, que no difiere sustancialmente de otros estudios semejantes, había aspectos que le dan una cierta originalidad. Por una parte, incluí el Caribe, de la cual otros autores hablan muy poco, refiriéndose de esta región solamente a las grandes Antillas, Cuba, Haití y República Dominicana. Posiblemente por influencia de los congresos en Canadá, donde siempre se

distinguía entre “Latin America” y “The Caribbean” destiné un cierto espacio al conjunto de la región, refiriéndome a situaciones en Jamaica, Trinidad y otros países.

Otro aspecto innovador fue el uso intensivo de la información cuantitativa, a través de 31 cuadros estadísticos, sobre toda clase de temas, no solamente la población o las exportaciones de ciertos productos, que aparecen también en otros libros semejantes, sino también de historia social, como las tasas de desempleo o las tasas de escolaridad. Incluí breves secciones sobre historia de la cultura, en un sentido amplio, hablando tanto de los autores más conocidos en literatura y ensayo como de las revistas para niños, y sobre la vida cotidiana, a través de citas de diarios de viaje y otras fuentes semejantes.

A nivel más de fondo, el aporte de mi libro fue el de ofrecer una visión según la cual los grandes problemas de América Latina, especialmente los del desarrollo, no pueden explicarse únicamente por la dependencia, concepto tan en boga durante mucho tiempo. En la introducción del libro expliqué que esa situación, si bien es innegable, no se ha dado de la misma manera en todos los países y en todas las épocas. Más importante era, a mi juicio, lo que llamo “la sociedad de conquista”, la existencia de una sociedad dividida por profundas diferencias no sólo de clase, sino también en función del color de la piel, la principal herencia de la colonización ibérica. Unido a ello estaba el problema del control de la tierra por una minoría, otro aspecto de la herencia colonial. Debo agregar que he tratado de entregar esta visión de la historia a mis alumnos de la UQAM, demasiado convencidos de que el dominio de Estados Unidos explicaba todos los problemas de América Latina, manera fácil de esquivar el conocimiento de los factores internos en la historia de la región. Este último enfoque fue valorado por Luis Ortega, al comentar mi libro, diciendo que mi estudio explicaba no sólo “las cuestiones externas, que siempre han sido importantes, pero no determinantes, sino principalmente debido a las heridas “autoinfligidas” que el autor reúne en sus reflexiones finales”<sup>18</sup>.

Desde su aparición, el libro ha sido muy bien recibido. Para Julio Pinto, su sola existencia era un aporte, ya que en Chile siempre se había puesto el acento en el estudio de la historia nacional, sin compararse ni relacionarse con los demás países de la región. De allí que hubiera predominado largo tiempo la imagen de Chile como “país de excepción”, vehiculada por historiadores tradicionales como Encina y Edwards. La enseñanza de la historia latinoamericana había sido muy tardía en Chile, y que incluso historiadores actuales opinaban que en los currículos de estudio era preferible sacrificar la historia latinoamericana para dejar más espacio a la historia chilena y universal. Así, Pinto concluyó que mi obra “viene a ayudarnos a combatir esa ignorancia y a descubrir la ridiculez de nuestra arrogancia”. Valoró también que mi libro no fuera una acumulación de datos, sino “un relato, una narración histórica que da sentido a las tribulaciones de todo un continente durante dos siglos”, a través del análisis de los dos grandes temas, la democracia y el desarrollo. En fin, también destacó el

---

<sup>18</sup> Para una reseña de Luis Ortega se puede consultar en [www.palimpsestousach.cl/resenas-revista-1/historia-de-america-latina-y-del-caribe](http://www.palimpsestousach.cl/resenas-revista-1/historia-de-america-latina-y-del-caribe)

aporte de las secciones sobre la cultura, tema generalmente ausente en otras historias, y mi capacidad de ofrecer en pocas páginas una “visión integral” de la región<sup>19</sup>.

Entre las reacciones, todas positivas, apareció una un tanto diferente, de la pluma de la historiadora de la PUC, Ana María Stuken, quien afirmó que mis enfoques estaban demasiado marcados por el hecho de vivir y trabajar en Canadá. Hablando de mí, dijo que “su interacción con el medio estudiantil y académico norteamericano le conduce a hacer concesiones al imaginario presente en ese medio respecto a América Latina. Así, la democracia aparece como un ideal ético cuya dificultad de asentamiento en nuestro continente desdibuja los demás progresos latinoamericanos de los siglos XIX y XX, especialmente cuando sometidos a la comparación entre el mundo “democrático” y “desarrollado”, este continente parece destinado a mayores o menores fracasos, según se aproxime o aleje del modelo del norte” Y agregaba: “La otra faceta de la corrección política se hace presente en una visión de la historia latinoamericana como una lucha entre el Occidente avasallador y poblaciones indígenas oprimidas”. Más adelante decía que yo debía haber tomado en cuenta las posturas antidemocráticas tanto de la izquierda como de la derecha, y afirmaba que “las mentalidades conservadoras... ejercía la función de dique para contener el cambio brusco, era una actitud frente a los procesos de implementación del ideario republicano, al interior del mismo universo de ideas de los liberales, y no solamente “restos del orden heredado de la época colonial” (Stuken, 2005). En otras palabras, Stuken me invitaba a valorar más los progresos implementados durante la época oligárquica, a dejar de lado la opresión de los indígenas (aquí seguramente Stuken haría un buen equipo con Sergio Villalobos) y a no creer en la “falta de voluntad de las elites” para traer el progreso. Conceptos con los que no estoy de acuerdo, pero que permiten debatir más el aporte de mi libro.

¿El haber escrito esta historia sobre toda una región me hace ver de otra manera las historias nacionales? Hasta cierto punto, sí. Nunca he escrito una historia de Chile, aunque la idea no ha dejado de rondarme. Pero si alguna vez emprendiera el proyecto, seguramente daría al libro una perspectiva lo más comparativa posible, buscando hacer resaltar los rasgos distintivos de Chile por oposición o por semejanza con los de otros países. Haría demás frecuentes referencias a la historia universal, ya que es imposible comprender ni menos explicar la historia de un país centrado la atención únicamente en el desarrollo dentro de sus fronteras.

\* \* \* \* \*

A veces me pregunto qué habría sido de mí como historiador si me hubiera quedado en Chile. Sin duda, mi caso está lejos de ser único. Conozco un buen número de historiadores y especialistas de ciencias sociales que tal como yo, salieron de Chile y lograron insertarse en medios académicos de muchos países. Varios siguen trabajando sobre Chile; otros han preferido concentrarse en los países que los acogieron. En sí, constituye, creo, un tema digno de ser investigado, un capítulo más de la historia social y cultural del Chile post-golpe.

---

<sup>19</sup> Julio Pinto Vallejos, “El cuento de creernos distintos”, [www.granvalparaiso.cl/sociedad/10.htm](http://www.granvalparaiso.cl/sociedad/10.htm). Este texto fue leído en el lanzamiento de la obra, en agosto de 2002.

En mi caso personal, suponiendo que hubiera podido continuar mi carrera, lo que siempre será una incógnita, es posible que los temas que he estudiado no hubieran sido los mismos. Fue gracias a la UQAM que pude retomar mi proyecto profesional, y siempre guardaré un reconocimiento hacia esa institución. Pero nunca he olvidado Chile, y pese a mi ausencia de muchos años, he podido mantener contacto con el país, he logrado hacer algunas cosas en común con colegas historiadores chilenos, he publicado libros que son leídos en universidades y colegios, y cuando viajo a Chile siempre parece haber alguien interesado en escucharme. Doy a ustedes las gracias por ello.

### **Bibliografía:**

Armony, Víctor (2010): “José Del Pozo, *Les Chiliens au Québec. Immigrants et réfugiés de 1955 à nos jours*”, *Globe: revue internationale d'études québécoises*, Vol. 13, N° 2, pp. 179-182.

Atik, Idil (2011): “José Del Pozo, *Les Chiliens au Québec. Immigrants et réfugiés de 1955 à nos jours*”, *Recherches sociographiques*, Vol.52, N° 2, pp.411-413.

Bauer, Arnold (1999): “Review of *Historia del vino chileno: Desde 1850 hasta hoy*”, *Hispanic American Historical Review*, Vol.79, N° 4, pp.788-789.

Bertaux, Daniel (1980): “L’approche biographique: sa validité méthodologique, ses potentialités”, *Cahiers internationaux de sociologie*, Vol. 69, pp.197-225.

Bolzman, Claudio (1996): *Sociologie de l’exil. Une approche dynamique. L’exemple des réfugiés chiliens en Suisse*, Ed. Séismo, Zurich.

Del Pozo, José (2014): “L’immigration des Latino-américains. Une histoire de réfugiés et d’immigrants”, en Berthiaume, Guy; Corbo; Claude y Montreuil, Sophie (dirs.) *Histoires d’immigration au Québec*, Presses de l’Université du Québec, Québec, pp.163-180.

----- (2009): *Les Chiliens au Québec. Immigrants et réfugiés, de 1955 à nos jours*. Boréal, Montréal.

----- (2007): “Con ‘las maletas abiertas’. Los exiliados en Montreal”, en Sagredo, Rafael y Gazmuri, Cristián (dirs.), *Historia de la vida privada en Chile*, Taurus, Santiago de Chile, pp.325-350

----- (2006): *Exiliados, emigrados y retornados. Chilenos en América y Europa, 1973-2004*, RIL editores, Chile.

----- (2002): *Historia de América Latina y del Caribe. 1825 hasta nuestros días*, Lom editores, Santiago de Chile.



------(1992): *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad popular*, Documentas, Santiago de Chile.

Díaz Bellido, Ana María (1988): “Reseña de *Historia del vino chileno: Desde 1850 hasta hoy*”, *Cahiers des Amériques Latines*, N° 27, pp.188-189.

Dutrénit, Silvia (2006): *El Uruguay del exilio*, Ediciones Trilce, Montevideo.

Grant, Susan-Mary; Heale, Michael; Parafianowicz, Halina y Vaudagna, Maurizio (2014): “Characteristics and Contours. Mapping American History in Europe”, *American Historical Review*, Vol.119, N° 3, pp. 749-759

Fraser, Ronald (1979): *Blood of Spain. An Oral History of the Spanish Civil War*, Pantheon Books, New York.

Jaksic, Iván (1996): “Review Rebeldes, reformistas, y revolucionarios: Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular”, *American Historical Review*, Vol.101, N° 2, pp. 601-602.

Jedlicki, Fanny (2009): “José Del Pozo, *Les Chiliens au Québec. Immigrants et réfugiés de 1955 à nos jours*”, *Revue canadienne des études latino-américaines et caraïbes*, Vol. 34, N° 68, pp.229-231.

Johnson, Hugh (1990): *Une histoire mondiale du vin de l'Antiquité à nos jours*, Hachette, Paris.

Kay, Cristóbal (2000): “Reseña *Historia del vino chileno: Desde 1850 hasta hoy*”, *Revista europea de estudios latinoamericanos y del Caribe*, N° 69, pp. 111-112.

Kay, Diana (1987): *Chileans in Exile: Private Struggles, Public Lives*, Palgrave Macmillan, New Hampshire.

Kelley, Ninette y Trebilcock, Michael (1998): *The Making of the Mosaic: A History of Canadian Immigration Policy*, Toronto University Press, Toronto.

Mathieu, Ariane (2013): “Peut-on faire l’histoire du temps présent?”. Entretien avec Henry Rousso, *L’histoire*, N° 384, pp.9-17.

Robert, Jean-Claude (1975): *Du Canada français au Québec libre*, Flammarion, Paris.

Rolleberg, Denise (1999): *Exilio. Entre raíces e radares*, Record, Río de Janeiro.

Salman, Tom (1994): “Review Rebeldes, reformistas, y revolucionarios: Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, N° 56, pp.134-135.

Stuven, Ana María (2005): “Reseña de *Historia de América Latina y del Caribe. 1825 hasta nuestros días*” *Historia*, Vol.38, N°1, pp.181-186

Thompson, Peter (1978): *The Voice of the Past. Oral History*, Columbia University Press, New York.

Vallières, Pierre (1974): *Nègres blancs d'Amérique*, Parti pris, Montreal.

Winn, Peter (1994): “Review Rebeldes, reformistas, y revolucionarios: Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 74, N° 4, pp.739-740.

----- (1986): *Weavers of Revolution. The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*, Oxford University Press, Oxford.

Zylberberg, Jacques (1994): “Review Rebeldes, reformistas, y revolucionarios: Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular”, *Revue canadienne des études latino-américaines et caraïbes*, Vol. 19, N° 37-38, pp.348-350